

TEXTO Y CONTEXTO DE UNA ESPAÑA ANTICIPADA

**REFLEXIONES Y RECUERDOS SOBRE EL
CAMPO, LA CIUDAD Y ALGUNOS TESTIGOS
EJEMPLARES DE LA ESPAÑA DE
LOS AÑOS SESENTA**

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 34(a)/2000

Sumario

- 1. Un seminario rural**
- 2. El contrapunto de la ciudad**
- 3. “Por la calle de Alcalá”: algunos signos de los tiempos nuevos**
- 4. Un modo de estar en ese mundo: Julio Caro y Dionisio Ridruejo, testigos ejemplares**
- 5. Y volviendo al seminario**
- 6. Coda sobre la responsabilidad intelectual**

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Elisa Chuliá Rodrigo
Josu Mezo Aranzibia
Pilar Rivilla Baselga
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Celia Valiente Fernández
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional /International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology)

© Víctor Pérez-Díaz

Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
o en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994
ISSN: 1134 - 6116

1. Un seminario rural

A lo largo de un curso académico, entre 1966 y 1967, la Sociedad de Estudios y Publicaciones del Banco Urquijo nos ofreció la oportunidad de reunir algunas personas en torno a un seminario de investigación sobre “el futuro de la vida rural” a Julio Caro Baroja (un *senior* eminente, historiador y antropólogo, con una larga trayectoria de publicaciones desde los primeros años cuarenta) y a mí (un *junior* que acababa de publicar su primer libro, sobre estructura y cambio social en el campo español).

El proyecto era un tanto impreciso, pero no estaba desenfocado. Tenía un foco, por así decirlo, móvil. Se trataba de comprender la vida rural española como ‘yendo a alguna parte’ aunque su estación de destino quedara sin especificar. No de analizar sus formas tradicionales, que parecían ir cayendo en desuso; tampoco de anticipar una supuesta modernidad emergente. Más bien, de entender el proceso de transformación en sí mismo y abierto a varias posibilidades. Entre Julio y yo había algunas coincidencias, creo que profundas, y diferencias de talante. Quizá Julio estaba más arraigado en el campo tradicional de lo que yo lo estaba, o lo he estado nunca, y las diferencias de generación y de temperamento reforzaban la inclinación del uno a percibir el presente como una posible degradación de algo previo, y del otro a verlo como pujando confusamente por abrirse a horizontes más anchos.

El proyecto partía de la premisa de entender la vida rural como diversa y dotada de un espesor histórico, una ‘memoria’, que no podía sino afianzar esa diversidad; y de considerar que su tejido estaba compuesto de individuos y pequeños grupos, cuyas definiciones de su propia situación (por emplear esos términos, u otros semejantes: valores, esquemas perceptivos, etcétera) tenían una importancia central, y eran miradas con respeto, incluso con afecto. Coincidíamos, en efecto, no sólo en no ser ‘modernistas’ ni ‘presentistas’, sino también en sentir una cierta simpatía cordial por nuestro objeto de estudio, la de Julio ya de antiguo, la mía mucho más reciente. Quizá esa simpatía reflejaba la afinidad de gentes un poco al margen, o a caballo entre dentro y fuera, cada uno a su modo, por un tema un poco al margen; o de gentes que, creyendo preferir lo fundamental a lo ostensible, pensaban que si su tema era, de verdad, fundamental, tanto daba, o tanto mejor si no parecía serlo.

Tampoco se trataba de tener un proyecto muy estructurado, donde se aquilatara el encaje entre diversas disciplinas y se coordinasen estrictamente los calendarios o los objetos particulares del estudio. Más bien, por el contrario, dado que en realidad Julio y yo nos conocíamos de poco tiempo, y además las relaciones entre el resto del personal envuelto en la tarea eran, en general, de un carácter todavía más incierto y tentativo del que la relación entre Julio y yo pudiera tener, se decidió de la mejor manera, que es la tácita, que aquello tuviera el tono y el estilo de una conversación abierta, que Julio muy pronto dominó con su erudición, su curiosidad, sus raptos de humor y de ironía, y sus modos incisivos y erráticos.

Sintiéndose en confianza, entre gentes que le respetaban y admiraban, Julio dejaba a un lado aquella actitud defensiva suya que todavía le dictaba, en ocasiones, juicios ásperos y ácidos de éste o aquél, donde se mezclaba su sentido de la justicia (que contrastaba tanto con las falsas benevolencias de las ‘gentes de sociedad’ carentes no ya de juicio crítico, sino simplemente de juicio) con una cierta irritabilidad (que le podía hacer ser injusto) y con una especie de indiferencia o tibieza emocional que podía responder a una profunda necesidad de ahorrar sus emociones para el círculo de quienes realmente le importaban. Pero ante nosotros, lo que Julio hacía era un ejercicio de generosidad y de amistad, tratando a veces de esconder tras un gesto ligeramente adusto y una palabra áspera una actitud de fondo tan benévola y respetuosa que sus refunfuños sólo podían servir para ponerla más en evidencia.

Pero como, al fin y al cabo, se trataba, en definitiva, de un ‘proyecto de investigación’ (‘benditas palabras’...), hicimos un intento por centrar la conversación en torno, al menos, a un territorio, y Julio, que estaba embarcado en la tarea de organizar un museo etnográfico del antiguo reino de Navarra, propuso, lo que fue inmediatamente aceptado, que nos ocupáramos con Navarra, cuya propia complejidad daba (en sus palabras) coyuntura excelente para hacer investigaciones de campo combinadas, etnográficas y sociológicas, puesto que Navarra contaba con regiones de tipo atlántico, otras de tipo mediterráneo, otras propiamente pirenaicas (o alpinas) y otras de clima estepario, dejando a un lado las intermedias. En otras palabras, la combinación de tierras vasco-navarras al norte y al oeste, y de la Ribera o tierras del Ebro al sur, con la cuenca de Pamplona como zona intermedia, tenía las características de diversidad

histórica, económica, social y cultural que podíamos desear.

A Julio le gustaba hacerse algo mayor de lo que era y conservaba, en cambio, para personas como Ramón Carande el aspecto de un joven (don Ramón nos congregaba en el pasillo, erguido y cordial, y mientras hilvanaba memorias de Carrión de los Condes, jugando con su bastón, nos decía aquello de “este Julito se cree muy mayor pero es un niño”); pero lo cierto es que estaba en el momento justo de una extraordinaria maduración intelectual. En aquella época, trabajaba al tiempo en el campo de la historia (enriqueciendo su galería de inquisidores, criptojudíos, brujas y conquistadores) y en el de los estudios etnográficos, y nos comunicaba fragmentos diversos de su producción. En aquel momento, esos fragmentos se referían a sus estudios sobre la diversidad misma de Navarra, desde varios puntos de vista, como laboratorio donde se daba cita una gran parte de la diversidad del conjunto del campo español; a las formas tradicionales de los pueblos y los caseríos vasco-navarros; a la cultura material del medio rural, en particular la tecnología agraria tradicional, y a las expresiones del folklore y la cultura popular; todo ello complementado por su lectura de los clásicos grecorromanos y sus reflexiones críticas sobre la tradición antropológica.

Por mi parte, habiendo dejado a un lado una tesis de filosofía política sobre la que volvería más tarde, seguía en la senda de estudios rurales en la que me había adentrado unos cuatro años atrás, e iba semi-completando, tras mis trabajos en Castilla y en Extremadura (y tangencialmente en Galicia) entre 1962 y 1966, el paisaje de los cambios en el medio rural español muy en relación con el proceso general de cambios económicos y demográficos del país en su conjunto. El seminario me dio ocasión para comprender mejor dos tipos de realidad rural en cierto modo ‘inestables’, o ‘mixtos’, que estuvieran enclavados, además, en dos contextos culturales diversos. Uno era el tipo anclado en la doble experiencia del trabajo agrícola y del trabajo no-agrícola, y en un contexto cultural vasco-navarro; otro, el tipo de una realidad en transición hacia una forma de relaciones de propiedad y de explotación de la tierra de carácter asociativo o cooperativo, en un contexto de agricultura de secano bastante homogéneo con el predominante en gran parte de la España interior. Lo curioso fue que ambos tipos se encontraban geográficamente muy próximos el uno al otro, e incluso lo estaban en la historia contemporánea del país. Se situaban en las dos

vertientes de los montes de Urbasa, el valle de la Burunda (en particular el pueblo de Urdiain) y la comarca de Estella; y habían sido en las guerras carlistas, por así decirlo, tierras de Zumalacárregui y escenario recurrente de sus operaciones. De los dos fenómenos, el que me interesaba más, entonces, y sobre el que escribí un largo ensayo, fue el de la experiencia cooperativa de Zúñiga, su génesis y la lógica de su desarrollo, en la que creía ver una de las claves posibles de lo que se estaba gestando entonces en el campo español.

De este modo, y como decía Julio, “gracias a un banco, nos convertimos en seminaristas”. En torno a Julio, y conmigo en posición ligeramente excéntrica, se reunió una colección de personas varias a las que la vida había de llevar por distintos rumbos, la historia o la administración, el arte o la edición de libros, la agronomía o la economía. Discutimos sesudamente en los seminarios correspondientes; tuvimos conversaciones interminables en los bares en torno al lugar; viajamos por Navarra hablando y mirando el paisaje; hicimos nuestros ‘trabajos de campo’; y escribimos nuestros *papers*.

2. El contrapunto de la ciudad

No sé hasta qué punto éramos conscientes en aquellas reuniones de que la ironía benévola expresada por aquella observación de Julio, de que un banco nos había convertido en seminaristas, se quedaba pequeña comparada con la ironía de la situación histórica que nos tocaba vivir. Para empezar, sucedía que estábamos empeñados en discutir la transformación profunda del medio rural español (‘allá lejos’) cuando estaba a punto de transformarse en ‘otra cosa’ la ciudad misma que teníamos que recorrer día a día (‘aquí cerca’) para llegar al lugar de nuestra discusión.

Durante los años cuarenta y buena parte de los cincuenta, el campo había cambiado lentamente, y ahora, a mediados de los sesenta, constatábamos un cambio de ritmo, ocurrido ya desde hacía unos años, que había acelerado la mecanización y la emigración a la ciudad. La ciudad, a su vez, había atraído y recibido esos emigrantes, y había ido cambiando en consecuencia. Madrid fue rodeado de lo que entonces se llamaban los suburbios, inicialmente de chabolas, luego de barrios de viviendas modestas. La capital fue absorbiendo e incorporando su entorno, llenando los intersticios entre los cascos de los pueblos antiguos y la ciudad, los campos de tierra semi-árida sometidos antes a un cultivo ingrato de cereal y ahora objeto

de especulación y edificación rápida y masiva. A su vez, los barrios de clase media y media-alta fueron ensanchándose a lo largo del eje de la Castellana. Tanto los barrios modestos como los más o menos opulentos pusieron de manifiesto los gustos de una o dos generaciones de arquitectos y urbanistas educados en el culto de la funcionalidad y la sobriedad del estilo internacional, con el aditamento de los materiales de ladrillo visto propios del paisaje local y alguna cenefa ondulada o un techo puntiagudo de pizarra como toque personal. El resultado fue la emergencia de una gran urbe de fachadas impersonales y monótonas.

Claro es que esta gran operación llamémosla urbanística tenía su sentido o significación profunda, y acorde con “el espíritu de los tiempos”. Para empezar, las fachadas impersonales y monótonas a las que me he referido parecían pedir a gritos una circulación pedestre de un carácter adecuado, también funcional. Puesto que no había apenas nada que ver alrededor, la circulación de las gentes podía quedar reducida a su objeto propio, es decir, a que las gentes dejaran de pasear y fueran a donde tuvieran que ir, sus trabajos, sus compras, sus asistencias a misa, o al colegio, o a las pastelerías, o a los cines, o a sus otros deberes y placeres, sin perder su tiempo y su energía en el camino, de modo que llegaran intactos y rápidos a su lugar de destino. La ciudad como lugar de paseo no era funcional; había que convertirla en lugar de paso. La inteligencia de los ediles públicos, los urbanistas y los arquitectos había conseguido crear el ambiente adecuado para que en la calle pudiera desarrollarse una vida funcional.

Y aquí es justamente donde irrumpió el coche, impetuoso y eficaz, y, como se decía en la jerga de los deportes del momento, ‘se alzó con el triunfo’. Una circulación funcional requería rapidez y precisión, que cada cual fuera a sus cosas lo antes posible, sin distracciones ni demoras. Y el coche era el instrumento obvio para conseguirlo, primero para las clases medias y, en su momento, para las gentes más modestas. El coche les daba un instrumento eficaz... y sensaciones de placer nada despreciables: un sentimiento de morbosa ansiedad en la expectativa de conseguirlo, otro de gozosa anticipación al acercarse el momento, otro de apenas contenida euforia al introducir por primera vez la llave en el coche propio, y tantos otros placeres continuos, de *status* reconocido, de libertad y de control de las cosas y los espacios, al usarlos... Y por debajo de estas experiencias subjetivas, el sentido común más elemental constata

lo evidente: que el desarrollo de la industria del automóvil era una de las piezas claves del desarrollo industrial del país, una fuente de beneficios y de empleos de primera magnitud, un eslabón en la cadena de los grandes procesos demográficos que estaban despoblando los campos y acrecentando las urbes.

La ciudad fue gradualmente invadida, ocupada, desbordada por un aluvión incontenible de coches, que alteraron su trazado y su carácter. A lo largo de poco más de una década y media, el eje de la Castellana fue viendo desaparecer los palacios y villas de antaño. Pero esto se quedó corto ante la desaparición de los bulevares un poco por todas partes, los de Alberto Aguilera que llegaban hasta Colón, los de las calles de Serrano, Velázquez y hoy Príncipe de Vergara, los de Reina Victoria y Fernández Villaverde, los de Francisco Silvela y Doctor Esquerdo, y tantos otros. Las avenidas trabadas de árboles y con lugares de paseo y esparcimiento de las gentes fueron convertidas en lugares de paso para los coches... con las bendiciones y aquiescencias de todos, en una operación basada en una cultura del consenso, por así decirlo. Y en su momento, la operación quedó culminada y completada con airosos puentes aéreos, por encima de algunas plazas.

Estos puentes aéreos, por donde corría una circulación incesante, fueron hechos (sin duda) por gentes audaces y visionarias, animadas con un espíritu vanguardista y ‘futurista’. Eran como una pieza estética entre *pop-art* y Marinetti. En ellos se cifraba una ‘voluntad del espacio urbano’, por utilizar una metáfora análoga a la de los arquitectos cuando hablan de la ‘voluntad de los edificios’. Las calles repletas de vehículos, y las plazas donde éstos se entrecruzaban, parecían querer y pedir a gritos una elevación de nivel, una exaltación del fenómeno del ruido y el movimiento, una consagración de su ‘esencia’ que no era sino ser el escenario de una huida, donde el protagonista estaría siempre en trance de irse a otro lugar.

Se trataba de crear un espacio donde se pusiera de manifiesto la admiración general por un objeto sólido y metálico en estado de (decorosa) excitación, surcando no ya la tierra sino los aires, levantado como sobre una peana, y llevando dentro, cual semi-dioses, al ministro responsable y algo ceñudo, al empleado honesto y su legítima o viceversa, al comerciante atareado y al profesor abstraído en sus exámenes o sus nóminas, al joven decidido a vivir su vida y al cansado currante, y todos al volante, en aparente control de sus ama-

bles, misteriosos y potentes ídolos domésticos. Todo ello fue puesto en un pedestal, y ofrecido como alternativa secular y moderna a los monumentos de los dioses antiguos de Cibeles y Neptuno, tan próximos, tan quietos y modestos ellos, con sus carros estáticos y sus chorros de agua, breves y cóncavos, dentro de sus círculos de piedra.

3. 'Por la calle de Alcalá': algunos signos de los tiempos nuevos

El Madrid del centro atravesó esos años con escasas modificaciones aparentes. Pero, en realidad, en esos finales de la década de los sesenta se iban acumulando las fuerzas llamémoslas bancario-ministeriales (a que se sumarían luego otras 'macro-comerciales') que, de manera ligeramente solapada y blanda, pero inmisericorde, habían iniciado de tiempo atrás una larga guerra de atrición con las calles de la ciudad. Su objetivo parecía ser el de ocupar el centro de Madrid a costa de cafés, teatros y tiendas, y poner orden en el caos bullicioso de las gentes. Nuestros padres hablaban de una calle de Alcalá que para nosotros había desaparecido. La que nosotros todavía recorriamos en los años sesenta estaba a punto de sufrir un nuevo embate muy pronto.

Para mí, lo que ocurrió después, en muy pocos años, tiene todo el aspecto de una despedida familiar por etapas. El itinerario podía comenzar en la calle Sevilla. Mi abuelo solía ir al Casino de Madrid y se decía que, desde alguno de sus salones, atendía a las luces de su casa de la calle Sevilla. Persona de escaso gusto por las visitas protocolarias, en las cuales el visitante acudía para presentar al huésped 'sus respetos', prefería evitarlas; y una luz estratégicamente colocada en una de las ventanas le avisaba de que 'había visita', lo que le servía de razón o excusa para retrasar su vuelta. Nunca conocí a mi abuelo paterno, muerto al arrancar la guerra civil, pero siempre he recordado esta historia al pasar por allí y mirar la casa... hasta que la casa dejó de existir, porque el Banco de Bilbao, adjunto, la compró, y en un alarde la destruyó y la reconstruyó como una copia clónica de sí mismo. Sin duda, como diría algún arquitecto, estaba en la esencia del edificio del Banco el que éste tuviera 'voluntad de expansionarse' a costa de la casa vecina.

Justo una manzana por debajo me pude encontrar, al cabo de pocos años, con otra manifestación de la esencia voluntariosa de los edificios bancarios que también afectaba mis recuerdos familiares. En este caso se trataba de la demolición de la casa de

Cedaceros donde había vivido unos años mi abuela paterna, esta vez para dar paso a un edificio completamente nuevo, que surgía no con voluntad de incorporación, sino simplemente de sustitución. Reducidas a la nada las casas anteriores, de ellas surgió, en un arranque de estilo internacional y funcionalista, el edificio de metal y cristal ligeramente deslucidos, tan denso en líneas paralelas apuntando al cielo, de la sucursal del Banco Popular.

Pero más encantador (y educativo) fue todavía lo que acabó ocurriendo dos manzanas más abajo. Aquí la 'voluntad del edificio,' que no era otro que el del Banco de España, se hizo, como no podía ser menos, imperiosa. Una vez más, había el destino de poner a prueba mis sentimientos de antaño, porque en la calle de Marqués de Cubas, en el número 5, había vivido por fin mi abuela muchos, para mí muchísimos, años, y en su casa había tenido yo las experiencias más diversas desde mi infancia, recorriendo el largo pasillo con los balcones abiertos por donde se filtraba el ruido de las máquinas de escribir de alguna oficina de la planta baja, escuchando su cuento de "la muchacha de rubios cabellos para subir por ellos" en la habitación estucada de un blanco marfil, o mirando por el mirador acristalado al sol poniente a través de los árboles del jardín de enfrente. Y me había acostumbrado a recorrer la calle, con su perfumaría o su farmacia, su librería de Afrodisio Aguado, su cine Gong y, a la vuelta, su Galería de Arte en la calle de los Madrazo. Era una calle amable, medianamente tranquila y protegida del bullicio de la calle Alcalá por el tropiezo del antiguo edificio del Banco Pastor. Pero en fin, para hacer una historia larga corta, baste decir que el Banco de España se quedó con todas las casas, y las derruyó todas, para erigir un remedo o una versión amazacotada y triste de sí mismo, redondeando así su posesión de la entera manzana, y dejando la calle inhóspita, triste y opresiva, ya en las mejores condiciones para que fuera evitada por los propios peatones.

Redondeada la manzana... pero no del todo. Porque el intríngulis del asunto había de ser el de dejar el desenlace de esta tragicomedia en suspense. A la hora (casi) final resultó que el edificio del Pastor fue declarado histórico, o algo semejante, y la 'voluntad del edificio' del Banco de España, inmovible y recia aunque expresada de manera piadosa, culterana y ligeramente metafísica por algunos comentaristas, chocó con la voluntad de los nuevos ayuntamientos democráticos, o, diga-

mos, la de sus ocasionales dirigentes. Y llegado este punto, había de venir todavía la última fase, en la cual a 'la voluntad del edificio', o simplemente a la de los dirigentes del Banco, humillados y ofendidos por el desaire, le quedó el recurso de instalarse en la disimulación permanente. Pues, en efecto, una vez que quedó claro que el edificio no podía derruirse, el Banco decidió que tampoco había de restaurarse y lo condenó al ocultamiento perpetuo. Erigió los andamios correspondientes, escogió una tela indecisa entre el verde y el gris, y vestido así el edificio 'en uniforme de fatigas' lo declaró '*missing in action*', 'desaparecido', ni muerto ni vivo. Y así, en un gesto que tenía su ápice de soberbia, quedaron castigados el ayuntamiento, el edificio mismo (objeto de las iras del edificio vecino...) y, de paso, el honrado pueblo de Madrid. Porque con este enmascaramiento del objeto de su irritación, el Banco de España decidió que todos los que habían de pasar por ese rincón del centro de Madrid habrían de 'no verlo' y 'olvidarlo'. Solución solapada pero, indudablemente, sabia, porque quienes la tomaron sabían que con gentes escasamente interesadas en su propia ciudad y (lógicamente) olvidadizas de lo que no les interesa, bastaba con perseverar en el empeño y esperar veinte años (como hasta ahora ha ocurrido) o quizá cuarenta, en la confianza de que la 'voluntad del edificio' prevalecería a la postre. Y que un día el público se despertaría sin ese edificio y descubriría entonces que no lo había tenido desde muchísimo antes; como le puede ocurrir a esa gente que al cabo de diez años cae en la cuenta de que quien ha roto su amistad lo hizo hacía veinte años, pero que, lleno de discreción y tacto, omitió comunicarle la noticia.

Y como para que nada le faltara a este itinerario para constituir una metáfora del tipo de modernidad que se iba insinuando en los espacios urbanos y en la vida cotidiana, desplazando el pasado bajo forma de incorporación, sustitución y expansión o dominio bajo formas diversas, unas ostentosas, otras sinuosas, y dejando en la cuneta aquí y allí unas casas de vecinos, unas tiendas, un cierta vivacidad de la calle... total 'cosas pequeñas y antiguas', en aras de 'las cosas grandes y modernas', bastaba con terminar tal itinerario justo en el lugar de nuestras reuniones del seminario. Que no era otro que el de la Plaza del Rey, donde durante tantos años, para gozoso recuerdo de varias generaciones, 'húbose una vez' un lugar mágico, el del Circo Price, justo en el rincón donde, en infausto momento, el propio Banco Urquijo, tras derruirlo, edificó el espeso bloque de cemento rosado, entreverado de huecos

acristalados por donde los oficinistas de turno, ayer de un banco, hoy de un ministerio, miran de refilón la plaza y sus árboles. El eco de las risas y los gritos de excitación de la chiquillería andante ante los prestidigitadores, los saltimbanquis, los payasos y las hermosas amazonas acabó sustituido así por los susurros de los 'responsables políticos' haciendo sus tejemanejes 'de interés público' con los grupos organizados de las 'industrias de la cultura', discutiendo las cláusulas de sus innumerales acuerdos e intercambiándose melindres y expectativas de medro.

Pero ya para percibir un anticipo de la mezcla de cosa vana, poderosa y cutre que se nos venía encima, bajo una guisa u otra de cultura moderna, bastaba con ver la suave degradación de la vida universitaria o, en otro orden de cosas, los 'contenidos' (como ahora dicen) de la televisión, que estaba ya en trance de imponerse en el espacio doméstico de los españoles.

Hay que recordar, retomando el hilo de mi argumento, que si 'la calle funcional' dio paso al automóvil rey y arrinconó al peatón, con ello no se hizo sino un intento más entre los muchos que se hicieron a lo largo de varias décadas por pastorear a la sociedad, para que, debidamente trajeada y limpia, se encaminara a la misa dominical, a los colegios, oficinas, fábricas y otros lugares de trabajo y de deber, o a las manifestaciones de adhesión al régimen en las raras ocasiones en que se le pudiera requerir (pocas, por si acaso), a los espectáculos deportivos donde pudiera dar un tanto así de rienda suelta a sus necesidades de amor y odio, o los cines donde pudiera experimentar por persona interpuesta cosas semejantes. Aunque siempre algo reacia a dejarse pastorear del todo, y siempre tirando la sociedad madrileña, como dice el refrán que "la cabra tira al monte", al chateo y la pandilla, y por tanto a la taberna, el café, la cafetería o el bar, por aquello de que las gentes gustan de estar juntos en proporciones manejables, la combinación de calle-y-coche hizo lo posible por empujar las gentes al refugio del hogar. Y aquí ocurrió que, ¡oh admirable conjunción de circunstancias!, la televisión vino oportunamente a proporcionar una nueva experiencia cultural no se sabe si para gozar de ese refugio o para escapar de él. De modo que todo se hizo al tiempo 'moderno y funcional', o se aproximó a ello: las calles, el centro urbano, y las casas por fuera y por dentro, con el coche y la televisión como ejes de nuevas formas de experiencia.

4. Un modo de estar en ese mundo: Julio Caro y Dionisio Ridruejo, testigos ejemplares

El espacio urbano de aquella época puede ser entendido como una metáfora del tipo de modernidad que se iba imponiendo, si es leído anticipando ligeramente los acontecimientos que hoy, retrospectivamente, entendemos que eran inminentes, pero que entonces ya se entreveían. Los cambios demográficos, económicos, socio-culturales se habían ido gestando desde mediados de los años cincuenta, requerirían más tiempo para desarrollarse y, en esos últimos años sesenta, estaban todavía en trance de hacerse. Entretanto, la transformación de la ciudad nos acompañaba, como un ruido de fondo y un cambio de decorado que, más allá de las apariencias, significaba un verdadero corrimiento de tierras bajo nuestros pies, mientras que en el imaginado proscenio de un 'seminario' rumiábamos nosotros lo que podía estar ocurriendo con 'el campo español'.

Detrás del cambio de la ciudad latía, para cada uno de nosotros, la interrogante de elegir un 'mundo' y un 'sentido'. Me explico. Para entender la manera como los seres humanos se enfrentan con los cambios que suceden en su situación, hoy ésta, mañana otra distinta, hay que volver a las cuestiones fundamentales y a lo que se podría llamar su 'condición primordial'. Ésta consiste en la circunstancia de que el ser humano se coloca ante el caos aparente de lo que ocurre a su alrededor intentando poner en él alguna medida de orden y concierto, y de convertir así el caos en un 'mundo'. Ordena el caos cuando trata de ponerle nombres y categorizarlo, de explicarlo hasta donde se le alcanza y de valorarlo, y sobre todo cuando, en el trance de hacer todo aquello, trata de situarse él *dentro* de ese mundo, de orientar y dar un sentido a su propia conducta en sus manejos prácticos con él, redefiniendo este mundo como el horizonte de su vida. Cada individuo es así como un filósofo práctico, embarcado *vellis nollis*, de manera consciente o no, en la tarea de definir su mundo y de construir su sentido.

Naturalmente que los seres humanos ordenamos la experiencia echando mano del repertorio de tradiciones e instituciones que tenemos más o menos cerca, y aquí es donde intervienen consideraciones atinentes a generaciones, grupos, momentos históricos, lecturas, y experiencias y factores diversos. Entre todos ellos, quiero destacar aquí el factor de los 'testigos ejemplares', es decir, aquellas personas singulares que cada uno elige, por razones que probablemente sólo entiende a medias,

como 'referentes' en su propia tarea de ordenar su mundo y construir su sentido, a cada momento. Y por 'referentes' no quiero decir 'modelos' a imitar, sino gentes en un grado u otro admirables en su manera de enfrentarse con el mundo, y de las que uno acepta un grado mayor o menor de influencia, pero que no trata de 'seguirles', sino de 'conversar con ellos', o de 'discutir con ellos'. Si enseñan, no es tanto una enseñanza de 'qués' cuanto de 'cómos'. Y si hay suerte, y no nos equivocamos desde el principio creyendo que había una afinidad electiva donde sólo había un juego de espejos, puede ser que su 'influencia' sirva, por una combinación de aproximaciones y distancias entre ellos y nosotros, como catalizadores, no de un proyecto particular que dure tanto o cuanto tiempo, sino de una disposición o una forma de vida que pueda durar digamos algo más, quizá incluso mucho más...

Cada uno tiene sus referentes o testigos ejemplares propios, algunos compartidos con sus compañeros de generación o de medio social, otros muy personales, algunos vivos y próximos, otros más lejanos o decididamente ausentes, con quienes la conversación se acerca peligrosamente a la figura de un monólogo. Y esos testigos cambian de etapa en etapa de la vida. Pues bien, en mi caso, y no creo haber sido el único, en la etapa que se sitúa en los finales de los años sesenta, hay (entre otros) dos testigos ejemplares en los que quiero fijarme ahora, a los efectos de la narrativa que me ocupa. Se trata del propio Julio Caro y de Dionisio Ridruejo. Su testimonio fue importante entonces, y no sólo para mí, y debo añadir que creo que lo sigue siendo, entre otras razones no sólo porque la naturaleza de su testimonio trasciende su momento, sino porque además incluso su momento no ha pasado aún, y el 'mundo de los sesenta' sigue siendo, en varios de sus rasgos fundamentales, nuestro mundo 'de hoy'...

Julio Caro y Dionisio Ridruejo fueron coetáneos, habiendo nacido en 1914 y 1912 respectivamente, y presentan un caso singular de vidas semi-paralelas, donde se entrecruzan rasgos comunes y distintos. Conocí a ambos a mediados de los sesenta, y traté con más asiduidad a Julio, durante varios años, hasta que me fuí a Estados Unidos a comienzos de la década de los setenta, y a Dionisio con singular intensidad en los meses de invierno de 1969 en Alicante, a lo largo de charlas, cenas y paseos de recuerdo imborrable. Pero creo que el rasgo común que más me impresionó, y despertó en mí una simpatía profunda hacia am-

bos, fue el hecho de que creyera adivinar en ellos la actitud de desafío de quienes estaban al tiempo 'dentro y fuera', y de quienes, para comenzar, tenían, pero no exhibían, una actitud de distancia radical hacia los 'ídolos de este mundo' o, para ser más precisos, hacia tres de ellos, el del poder, el de la riqueza y el del *status* social.

Da la pequeña casualidad que esos tres criterios son los criterios básicos que los sociólogos de todas las tendencias suelen aplicar a la hora de definir lo que ellos llaman la 'estructura social', y quizá pueda adquirir el lector una medida del carácter del autor que está leyendo en estos momentos si le digo que, siendo sociólogo de profesión (y enseñando incluso esa 'asignatura'...), no considero que esos criterios deban tomarse 'demasiado en serio'. No digo que no sean útiles, a su modo y sabiendo utilizarlos; pero se queda muy corta una lectura reflexiva y crítica de la realidad social que se obsesione con ellos. Los criterios del poder, la riqueza y el *status* son extremadamente importantes... desde la perspectiva de quienes los consideran importantes, lo cual incluye a los poderosos de esta tierra, a quienes aspiran desafortunadamente a serlo, y al grueso de 'mediáticos' y comentaristas sociales (sociólogos incluidos) que ponen en circulación los estereotipos sociales que premian esos criterios de estratificación. Se trata, sin duda, de gentes sumamente estimables, pero, cuantitativamente, son sólo una minoría de los pobladores de este mundo, y si vemos las cosas desde una perspectiva 'cualitativa', hay que reconocer que entre ellos no siempre suelen encontrarse los representantes más creativos o más sensibles de nuestra especie.

Tal como yo los recuerdo, tanto Dionisio como Julio fueron hombres movidos y conmovidos por sentimientos de libertad y de belleza, por afectos personales, y por el valor de la veracidad respecto a aquello que trataban de explicar a los demás después de habérselo explicado a sí mismos. En cambio, eran poco interesados y poco entendidos en cuestiones de dinero, sin que ello sea dicho como si fuera una virtud especial, o ellos lo vieran así. Así era, sin más; y ello podía producirles incluso alguna sensación de incomodidad, de la que hay testimonio en sus escritos autobiográficos. También podían ser celosos de su reputación pero muy selectivos respecto de ante quién y ante quiénes: primero ante su propia conciencia, luego ante la opinión de las pocas o no tan pocas personas de juicio o de sentido que pudieran encontrar, apenas ante una 'opinión general' que solían considerar

infiante. Y en cuanto al poder político, sus posturas eran diferentes pero tenían un poso común.

Julio había vivido la guerra civil como una pesadilla. Marcado por la experiencia de haber sobrevivido al terror de la guerra como alguien cuya familia se hubiera sentido en medio de una tenaza entre gentes ofuscadas, vehementes y guiadas por líderes mediocres, y más tarde al ambiente de intimidación de la postguerra, su disposición era de una profunda desconfianza hacia la política, y en particular hacia todos los políticos que estuvieran 'dispuestos a salvarnos', a los que veía, al modo de Quevedo, como 'locos repúblicos y de gobierno'.

Dionisio había vivido la guerra civil con una actitud de esperanza e incluso de euforia, por mucho que introdujera retrospectivamente en sus recuerdos la sombra de dudas y distancias. La guerra misma parecía como la realización de un sueño: el de la patria como una comunidad conseguida o recobrada. En sus poemas de 1936, en su "Elegía y égloga del bosque arrancado", veía a Castilla como yermo hoy pero mañana bosque, un ensueño que apelaba a su esfuerzo, y al esfuerzo de todos:

"Bosque arrancado, yermo de mis ojos,
quisiera replantarle a tu consuelo
el sueño y jugo de tu ayer hermoso"

Y más tarde, en los poemas de lo que Luis Felipe Vivanco caracterizó como su 'tiempo de desengaño', Dionisio evocará aquel momento inicial como el de un sueño, equivocado, de comunidad triunfante:

"¡La patria! Sí, la patria
no eran estos millones de rudos desacuerdos
/ forjándose la vida,
sino el cetro surgido en el puño radiante,
la espada justiciera, vencedora, infalible"

Equivocada o no, de esa experiencia le quedó a Dionisio, y de su talante originario, que era de persona confiada, una ausencia de temor (rara entre las gentes de su generación) y una mezcla de disposición a la actuación cívica y de esperanza en ella. Pero aun así, para Dionisio la vocación política fue siempre, como él decía, una vocación de deber y no de placer, no acompañada por la pasión de mando y de dominio de los 'políticos de raza' o, como ellos mismos se auto-denominan, por los 'animales políticos'. Su vocación, más

‘cívica’ que ‘política’, era una vocación de mínimos.

De modo que si Caro y Ridruejo nos anudaron, cada uno por sus pasos y a su manera, con la tradición liberal española, lo hicieron poniendo el acento en aspectos distintos de la cultura de la libertad. Caro, más ‘liberal’, se aferraba a una lectura quizá demasiado ‘privada’ de la libertad ‘negativa’: la libertad respecto a las manipulaciones de las gentes con autoridad. Ridruejo, ‘liberal’ en su fuero íntimo, era como más ‘democrático’, e imaginaba que la libertad también tenía que ver con la libertad que se ejerce efectivamente en un espacio público, y además, y aquí confundía él algo las cosas, con una libertad ‘positiva’ que aumentara la capacidad de las gentes para ampliar el abanico de su elección.

En esta última ‘confusión’ de Dionisio tal vez se escondía la compleja influencia de José Ortega y Gasset, cuyo liberalismo estuvo contaminado por una dosis de estatismo, un rasgo relativamente típico del liberalismo europeo de la época. El magisterio político de Ortega incluyó una lectura activista de la nación como proyecto colectivo, de las elites o las minorías selectas como quienes habían de definir ese proyecto, y del estado como el instrumento de estas elites; lo cual tenía el complemento de una lectura de la sociedad como desvertebrada, dominada por una masa ‘a-historificada’, para definir la cual Dionisio acudiría a la imagen machadiana del ‘macizo de la raza’: imagen desafortunada, heredera de una tradición noventa-y-ochista que, absorta en el paisaje, había olvidado mirar de cerca al paisanaje.

En cambio, Julio Caro estaba, en cierto modo, vacunado contra esa modalidad estatista del liberalismo orteguiano por la influencia de su tío Pío Baroja, cuya mirada se orientaba más bien a poner de relieve la mezcla de confusión y de energía de las gentes comunes y ordinarias, y a expresar su desconfianza en quienes se presentaban con pretensiones de minorías rectoras. Caro, además, por su oficio de historiador y de etnógrafo, estaba en condiciones de mostrar, de manera convincente, cómo los campesinos, lejos de ser inertes, desvertebrados y a-históricos, tenían su ritmo histórico propio, e incluso su lógica (o, si no una ‘lógica’, al menos ‘sus razones’, que, para Julio, eran razones compatibles con una especie de desorden e irregularidad omnipresentes).

Dionisio empezó su trayectoria política haciendo suya, pero tergiversada al modo falangista de la

época, una versión semi-colectivista del discurso orteguiano del proyecto común, el estado fuerte, la sociedad desvertebrada y las minorías cuasi-proféticas. Su evolución ulterior se apoyaría en una disposición liberal íntima, como la que puede corresponder a un poeta lírico y un espíritu religioso; en el desengaño ante los modos efectivos de funcionar del famoso estado fuerte, construido en torno a un poder personal, y de la correspondiente economía administrada, a base de cálculo particular, arbitrista y corrupción; y *last but not least*, en la experiencia a pie de obra de ‘sociedades civiles’, como diríamos hoy: de una Cataluña vivida desde dentro, y de una Italia de la postguerra observada de cerca y con profunda simpatía. De esa experiencia saldría fortalecida y redefinida la vocación política de Dionisio, entendida como una misión cívica orientada a poner coto a lo que él consideraba como un proceso de ‘envilecimiento civil’ del país, de reducción de unos ciudadanos potenciales al papel de súbditos. Y en ese trance Dionisio encontró a su disposición un tono de voz que era el de una voz ‘razonable’: la ‘razonabilidad’ que Salvador de Madariaga, más tarde, había de encontrar como uno de sus rasgos más acusados. Pero resulta curioso observar que ese fondo de razonabilidad de quien trata de hacer justicia a las cosas era en definitiva el que latía debajo de la manera más abrupta y desigual de Julio, cuyo pensamiento, atento a lo particular y lo preciso, no trataba sino de “poner las cosas en su sitio”, o en su “justo término”.

En efecto, la voz tanto de Dionisio como de Julio, y la contribución que con esa voz hacían a un espacio público a medio hacerse, era la de quienes se rehúsan a dos alternativas opuestas. Por una parte, se oponían a lo que podríamos llamar el ruido todavía tronante de la carcundia feliz: el coro de los triunfadores, dominantes, vacuos y auto-satisfechos, de la guerra; y, al mismo tiempo, al ruido de la progresía emergente, que, mezclando razón con sinrazón, comenzaba a tomar su indignación como pretexto para confundir el ruido de los otros con el suyo propio, y amortiguar, como de paso, y haciendo que no se intenta, el eco de las voces razonables.

Por otra parte, se oponían a los silencios y las insinuaciones de lo que podríamos llamar, tomando prestado el título de una novela barojiana, “la feria de los discretos”, en la que se habían colocado y, sobre todo, en la que se seguían colocando las ‘minorías selectas’ de lo que eran ya unas cuantas generaciones de españoles. Estas elites, en

acto o en potencia, con su peculiar *esprit de petites-se*, se entretenían con sus estrategias de auto-colocación y desarrollaban las artes de una manipulación instrumental y ‘voluntarista’ del mundo, intentando ubicarse bien en el orden social de la época bien en un nuevo orden del futuro. Su *ethos* dominante era el de unos funcionarios ‘carreristas’: funcionarios propiamente dichos, o empresarios-funcionarios, o profesores-funcionarios, o políticos y revolucionarios-funcionarios, o intelectuales orgánicos ... Por esto, para ellos se trataba de reforzar o reconstruir el mundo como un edificio, todo en su lugar y por así decirlo ‘bien colocadito’.

Por esta razón, el imaginario colectivo del grueso de lo que entonces se iba configurando confusamente como las elites de las derechas y las izquierdas, del régimen como de la oposición, solía proyectar hacia el porvenir la imagen de un ‘futuro determinado’, y no el de un ‘futuro abierto’. Los del régimen trataban de auto-convencerse de que aquello que tenían duraría poco menos que siempre, con alguna reforma que otra; mientras que, para los otros, era una tentación irresistible la de apostar por un orden futuro garantizado por una ‘ley de la historia’, y la de ‘comprometerse’ con ‘las fuerzas del futuro’. Por esto, para los intelectuales del momento, lo necesario no era tanto servir a la verdad (palabras tan antiguas...) cuanto colocarse en el lugar apropiado, por ejemplo, ‘cerca de la juventud’, que se suponía, casi por definición, ser el futuro mismo. Con esta acomodación se fue consumando una especie de versión local de la *trahison des clerics*, por la cual algunos de los *maîtres à penser*, que otrora habían hecho honor a su vocación de ‘buscadores de la verdad’, se fueron acostumbrando a un nuevo rol de firmantes de manifiestos y de zascandiles y correveidiles en conspiraciones varias. En esas actividades, lo importante era no tanto explicar claramente las cosas en un espacio público cuanto ‘darlas a entender’, extender rumores, etiquetar las personas y las posiciones, ‘hablar bien de unos y mal de otros’, y otros dignos menesteres semejantes.

Estas prácticas de gentes tan ansiosas por ‘colocarse’ en el mundo chocaban con la disposición de gentes como Julio y Dionisio, y el hecho de que aquellas fueran tan frecuentes hacía que ambos tuvieran cierta sensación de desplazamiento, y albergaran el sentimiento de escribir, y aun de vivir, como en un vacío, o en un desierto, sin tener detrás ni instituciones ni un clima intelectual habitable. De hecho, esas expresiones, frecuentes en las memorias de Julio, no faltan en las de

Dionisio, más retenido a este respecto, pero al que no se le ocultaba (ni se nos oculta hoy) que su libro *Escrito en España*, sin duda la obra más importante, ponderada y oportuna de la literatura política de oposición al régimen del general Franco, era leído sí, pero poco menos que silenciado por la mayor parte de sus contemporáneos, continuando la ancestral tradición del ninguneo de los mejores: la tradición que podríamos llamar de ‘el ninguneo de los Duperier’ de cada momento, en referencia a aquel científico español, Arturo Duperier, que volvió ‘con ilusión’ al seno de ‘su universidad’ creyendo en la buena fe (y quizá en la eficacia) de quienes le invitaban a volver, sólo para descubrir que, a causa de una supuesta desidia regulatorio-administrativa (dulce combinación...) de funcionarios y colegas, sus instrumentos de trabajo científico, sus aparatos de laboratorio, enviados desde el extranjero, quedaron ‘retenidos en la aduana’, y se vio de este modo, solapado y anónimo, empujado a sumarse al silencio común ... hasta una muerte que le habría de llegar antes que sus instrumentos.

Pero Dionisio, espíritu cervantino carente de amargura, no era hombre que se amilanara por los ninguneos y los discreteos del hogar patrio. Su acierto fue ir más allá de la metáfora del ‘macizo de la raza’, y comprender que el desierto tenía algo de aparente y de superficial, y que había un ‘revés del tapiz’ (como tituló la segunda parte de su libro), donde señalaba la agitación de artistas, curas, estudiantes, obreros y otros, como signos de una sociedad que se reconstruía desde abajo. De este análisis lo más importante era la intuición fundamental, expresada en un texto de 1963, con el título de “Teoría de la oposición”, según la cual lo preciso para la conformación de una sociedad cívica era que ‘la oposición democrática’ se acercara a lo que llamaba ‘los españoles cotidianos’, o ‘la corriente social viva’, sin pretensiones de guiarla o de sustituirla.

Lo que de este modo tanto Julio como Dionisio evocaban, con su ejemplo más que con su prédica, cada cual representando, a su modo y en grados muy diversos, un papel de ‘moralistas reticentes’, era un tipo de intelectuales que rehusaran convertirse en intelectuales de la consagración o de la denuncia. En el caso de Julio su escepticismo, su pirronismo, vino de lejos; en el de Dionisio, fue ‘hijo del desengaño’, de su “descenso del mundo de los mitos al saber humilde de las cosas” como sugirió Luis Felipe Vivanco (y, tal vez, también,

la recuperación de la gravedad y el realismo un poco sentenciosos del castellano viejo...).

En el caso de los 'intelectuales de la denuncia', el 'contra-ejemplo' de gentes como Caro y Ridruejo fue, explícita o implícitamente, el de la mayor parte de los intelectuales franceses *á la mode*, desgraciadamente tan próximos en el espacio y de temperamento tan afin al de muchas gentes del lugar. En su momento, estos intelectuales fueron, sin duda, famosas luminarias, y (a cada uno lo que le corresponde) sus escritos incluyen intuiciones y razonamientos de un interés desigual, pero a veces sumamente estimulantes. Sin embargo, vistos con un poco de perspectiva, llama la atención, por una parte, la exhibición de agresividad, mala fe intelectual e ignorancia de la mayor parte de los pronunciamientos *ex-cathedra* sobre los asuntos del momento por parte de los asteroides progresistas de la época, con Jean-Paul Sartre durante un tiempo como astro-rey; y por otra parte, y sobre todo, lo que más llama la atención es su irrelevancia. Aquellos intelectuales acertaron a atravesar la historia sin decir apenas nada de interés sobre un sólo problema de la política internacional o de la política interior de su época, ni siquiera sobre un sólo problema de orden constitucional. Aun alzándose de puntillas con todas sus fuerzas no consiguieron remontarse; agitaron sus brazos creyendo que eran alas; quizá les sucedió como al barón de Münchhausen, que, tirándose de los cabellos hacia arriba, intentó volar... pero con todo ello, y éste es el toque patético de sus vidas, acertaron a quedarse no al nivel de su tiempo, sino por debajo.

Aunque la mezcla de razón y sin-razón del mayo francés de 1968 indujo a equívoco, dio paso, en su momento, a una lectura más sobria de las cosas y a hacer un balance que ha reivindicado a otro tipo de intelectuales franceses, como Albert Camus y Raymond Aron, quienes, cada cual a su modo, fueron testigos de su época, moralistas de mínimos, reacios a 'comprometerse' desmesuradamente en aventuras partidistas, celosos de su libertad y la de los demás, y con un hondo desprecio por la violencia reaccionaria o revolucionaria.

En España, aquel 'mal ejemplo francés' de una literatura de salón y corte, semi-política, semi-filosófica o semi-científico-social, 'excitante', tendió a generar una cultura derivativa; equivocó, en parte, a una generación sobre las transformaciones socioeconómicas y socioculturales (extraordinarias) que estaban teniendo lugar en el propio país; tergiversó los problemas de la vida internacional; embarró los temas centrales de una cultura de la

libertad; hizo lo posible por mal-preparar a la clase política para las tareas de la transición democrática, arropándola con unos aires falsos de denuncia profética, o acostubrándola a una duplicidad rebautizada como ambigüedad; y entretuvo a gentes que, en otras condiciones, hubieran podido hacer una obra intelectual de mérito con escritos y recitativos cuya utilidad se reduciría a la de ofrecer un repertorio de los lugares comunes del momento a los historiadores del futuro.

Pero este ruido ha ido quedando cada vez en menos. Permanecen, en cambio, las contribuciones que Ridruejo y Caro hicieron a la *civitas* habitable que el primero no llegó a ver, porque se quedó en el camino antes de que surgiera, y a la comunidad de cultura que el segundo tampoco alcanzó, porque ni siquiera nosotros hoy la hemos alcanzado. Pero de antiguo nos sucede en España que, en estas cosas, el esfuerzo es de la naturaleza de lo posible, y el resultado lo es de lo improbable.

Basta que, contra un telón de fondo de cierta confusión, pero también de muchos intentos generosos, Dionisio y Julio fueran, cada cual a su modo, el ejemplo, que para beneficio de todos, algunos o bastantes, tal vez muchos, intentaron seguir.

5. Y volviendo al seminario...

Puestas las premisas, la conclusión se sigue fácilmente... De la construcción de un mundo y de un sentido *afines* a los testimonios ejemplares de Caro y de Ridruejo se seguía la pertinencia de determinadas tareas intelectuales, hechas de determinada forma. Se trataba de acercarse a la realidad social y ejercer sobre ella una razón pausada y equilibrada, de atender a la situación del momento tratando de comprender lo que la situación significaba para las gentes, y explicar sus conductas *sine ira et studio*, o más bien, quizá, con una *ira* o un deseo deliberada y decididamente enfriados para no ofuscar el juicio.

Se trataba de entender al menos unos fragmentos del mosaico social de un país en el trance de un cambio histórico. Un trance marcado por su integración en una economía occidental, de mercado, en expansión; por el desarrollo del tipo de sociedad adecuado a gentes libres e inciertas, donde se daban cita 'clases económicas' muy diversas, pero tocadas todas por el ansia de ampliar sus márgenes de libertad (expresadas aquí en consumo, allí en aventuras económicas individuales, allá en movimientos sociales...); por su acom-

pasamiento a las grandes transformaciones de la iglesia católica universal, y otras varias corrientes culturales; y por las tensiones y los forcejeos políticos correspondientes, que ponían cada vez más en la agenda del día la cuestión de una transición hacia un régimen político representativo.

Y entender todo esto requería atender a las agitaciones de 'la corriente social viva' a la que se refería Dionisio, en este caso la de los campesinos, y, descendiendo a un nivel más concreto aún, al aquí-y-ahora de los campesinos navarros, en este o en aquel contexto institucional y cultural precisos, en esta o en aquella forma de su actividad; ver cómo su ritmo histórico podía estarse acelerando; y comprender cómo estaban respondiendo a las circunstancias, a veces con dificultad, a veces con ingeniosidad y perseverancia, y, cada vez más, debiendo aceptar el riesgo de un futuro abierto.

En este sentido, la experiencia de la cooperativa de Zúñiga resultó, o me resultó a mí al menos, simbólica de un proceso de adaptación flexible a las circunstancias que me parecía relativamente generalizable a una parte del campo español, y que ponía en cuestión, por lo demás, las aseveraciones un tanto estetizantes, me temo, de Dionisio sobre un macizo de la raza 'a-historificado' (según su propia expresión). Reconozco que siempre me he sentido escéptico respecto a afirmaciones semejantes, pero en todo caso la observación de lo que estaba ocurriendo en el conjunto de Castilla y la España interior sugería no un simple proceso de desertización y decadencia, sino un proceso complejo que incluía, también, una modernización económica ligada a la mecanización de la agricultura y otras transformaciones, una difusión de la escolaridad, cambios en las pautas de conducta que indicaban mayor libertad de costumbres, y las experimentaciones institucionales más diversas.

Y justamente una de las experimentaciones institucionales más interesantes consistió en la difusión del fenómeno de los que se llamaron (en el argot del momento) 'grupos (sindicales) de explotación de la tierra', que no eran otra cosa sino fórmulas de adaptación de la propiedad y la explotación a las nuevas tecnologías agrarias y a las nuevas condiciones del mercado de trabajo agrícola, y cuyo modelo fue, en buena medida, precisamente, la cooperativa de Zúñiga. Pero en el caso de esta última no se trataba de la difusión de un modelo, sino de su creación. El análisis de esta innovación institucional daba un mentís a cualquier hipótesis posible de una 'adaptación automática' de las 'relaciones de producción' a la presión de unas

'fuerzas productivas', etcétera. Todo lo contrario: lo que el análisis de este caso mostraba era la necesidad de entender el conjunto de condiciones precisas para que la innovación hubiera podido tener lugar, entre las cuales se contaba (aparte de una historia local de aparente ausencia de banderías y cierta capacidad para hacer cosas en común, que decían que venía de lejos), muy en primer término, la de una disposición curiosa a la hibridación de discursos culturales varios, unos de tipo religioso, otros de carácter secular, que sugerían una construcción de sentido relativamente compleja por parte de los protagonistas, donde se daban cita varios motivos, unos de solidaridad y otros de interés particular (en la *mejor* tradición del mal llamado 'colectivismo agrario' de los cultivos particulares y la derrota de las mieses del secano interior).

Y lo que sucedía del lado de quienes expresaban o articulaban el discurso de justificación más próximo del de los agricultores mismos, se complementaba con lo que sucedía del lado de los agentes facilitadores un poco más lejanos del experimento, muy en primer término los expertos y los funcionarios de la administración central que lo protegieron y arroparon en sus primeros momentos. Pero también ocurría, además, y esto resultaba ya más inquietante, que la fórmula era, como correspondía a su momento, a las circunstancias y a las orientaciones de sus protagonistas, una fórmula mixta o ambigua, a medio camino entre las formas puras de la cooperativa y las de la 'sociedad anónima'. Y esta 'impureza', que era lo que la hacía sumamente efectiva, la restaba mérito, sin embargo, a los ojos de los especialistas culturales, y la hacía sospechosa a los ojos de los manipuladores políticos, que nunca supieron muy bien cómo etiquetarla y qué hacer con ella... En otras palabras, reducía su potencial de difusión en un mundo donde estos facilitadores lejanos, o *gatekeepers* en el sistema de comunicación de radio regional o nacional, todavía tenían, como han seguido teniendo hasta hoy (aunque quizá no tanto 'justo ahora'...), una importancia grande.

De este modo, lo que yo tenía ante los ojos era una innovación institucional que requería condiciones singulares de difícil generalización, y a la que no se le podía predecir, tampoco, el apoyo de los discursos de justificación que hubiera necesitado, habida cuenta la proclividad a la literatura de denuncia, los *standards* (cada vez más humildes) de excelencia intelectual, y la tendencia a la simplificación de las nuevas generaciones de

intelectuales, periodistas y posiblemente clérigos, que se estaban gestando en las universidades de la época. De modo que al tiempo había que saludarla, y había que despedirla. Había que entender su génesis, estimar su promesa, y comprender sus límites. Era evidente que había, sí, una corriente social viva por estudiar; pero no lo era menos que ésta adolecía de cierta fragilidad, y que podía ser no ya incomprendida sino destruida, al menos amortiguada, por la acción de las 'minorías selectas' más diversas.

6. Coda sobre la responsabilidad intelectual

En este ensayo, he evocado un momento del pasado visto a través de una experiencia particular. En la evocación, el momento ('objetivo') y la experiencia ('subjetiva') van juntos. La experiencia estaba anclada en unos debates sobre los problemas de la época, unos paisajes urbanos, y los dilemas personales característicos de una nueva generación. La designación de ciertas personas (y no otras) como 'testigos ejemplares' sugiere ya un modo determinado de entender aquellos debates, percibir aquellos paisajes y resolver aquellos dilemas. Es el modo de quien tiende a enfatizar el carácter contradictorio del proceso de cambio de la vida española durante los años sesenta, y el papel ambiguo que en él jugaron sus intelectuales y sus 'minorías selectas'.

Aquel debate se refería a un mundo rural que 'se modernizaba', pero ¿de qué tipo de modernización se trataba en realidad? El proceso de cambio de la sociedad en su conjunto, campo y ciudad incluidos, era complejo y ambiguo, porque en él se daban cita dos motivos opuestos, apuntando el uno a la creación de una sociedad abierta, que habría de multiplicar las oportunidades de libertad de los individuos y los grupos, y el otro a la reiteración (de una forma 'modernizante') de una sociedad de carácter semi-cerrado, corporatista o clientelar. A este último rasgo he aludido con mi caracterización de algunos cambios en el paisaje urbano como signos (parciales) de un cambio de formas de vida por el cual la vivacidad y el tono alerta de la conversación y de la vida social pudieran uniformarse, ahogarse en ruido o aminorarse. También, con la caracterización de la sociedad emergente de la época ('moderna') como el esbozo de una nueva versión de la ('tradicional') "feria de los discretos", en la que, por debajo de debates intensos, pudiera dibujarse un consenso aún más profundo, hecho de apaños entre elites de signos variopintos, no con el objetivo (demasiado tosco, en cierto modo) de que 'todo cambie para que nada cambie'

(como sugería Tomasi di Lampedusa), sino con el (más ajustado a las circunstancias) de que 'las cosas cambien pero no su lógica': una lógica de espacios sociales estructurados en torno a redes de patronazgo. Esa lógica podía subyacer (y trastocar) el avance ulterior hacia una economía de mercado más desarrollada, e incluso hacia una democracia liberal. Su posibilidad estaría inscrita en la propia transición a la democracia, que se hizo, como no podía ser en realidad de otro modo, bajo la forma de unas negociaciones entre las elites políticas y socio-económicas; siendo obvio que estas negociaciones eran de naturaleza ambigua, pues podían significar un paso tanto hacia una sociedad abierta como hacia una semi-cerrada, corporatista o clientelar.

Julio Caro Baroja y Dionisio Ridruejo fueron 'testigos ejemplares' en cuanto que se situaban a distancia, o tangencialmente, respecto a *este último* tipo de sociedad, al tiempo de un pasado muy real y de un futuro posible. Habiendo anclado sus vidas en una tradición alternativa, evocaban *otro* tipo de sociedad (¿liberal?, ¿abierta?) y lo proyectaban en el horizonte. Su testimonio era el de quienes, ateniéndose a lo que consideraban la verdad de las cosas, respetando su complejidad y desatendiendo los lugares comunes, trataban de reorientar la atención de sus conciudadanos hacia los problemas 'verdaderos'. Era un testimonio de fidelidad a sí mismos, y de responsabilidad intelectual.

En el oficio o la profesión de intelectual, tal como se ha ido definiendo en los dos últimos siglos en las sociedades de occidente (incluida la española), se incluye el rasgo de preguntar sobre lo que ocurre en la vida social de alrededor, cómo hemos llegado a este punto, y el abanico de posibilidades que se nos va abriendo. De preguntar.. y de responder: de requerir las respuestas, analizar las de unos y otros, compararlas, y formular nuevas preguntas que apelan a nuevas respuestas. Responder de los actos y responder ante otros: esto, y no otra cosa, es el ejercicio de la 'responsabilidad'. La propia de los intelectuales consiste simplemente en una responsabilidad reflexiva que, entendiendo los actos como respuestas a retos que son preguntas, da cuenta y razón de ellos; y en el hecho de que en ese ejercicio se incorpora una filosofía de la responsabilidad que es generalizable, que apela a la de todos. Su 'ejemplaridad' no reside en la del contenido de sus respuestas, que es por definición discutible, sino en la del ejercicio mismo de un preguntar y un responder incesantes. Esta práctica se propone, como menester generali-

zado, al conjunto de todos los ciudadanos... para que cada cual se ejercite en formular preguntas y en buscar sus propias respuestas, con criterios de veracidad.

En el caso español, es decir, en el de un país atravesado por la experiencia cainita de un diseño político y cultural que había abocado a una guerra civil atroz y un largo período autoritario, el ejercicio de esa responsabilidad reflexiva y discursiva, y la llamada a su generalización, implicaban (e implican) un rechazo radical a las tradiciones de justificación y de denuncia partidistas. Responsabilidad pero distancia, contención en el juicio, pasión por la veracidad: tales fueron los rasgos de estos testigos de tiempos confusos que corrían después de las tragedias bélicas, turbios como las aguas pasada la tormenta.

La experiencia de Caro y de Ridruejo, gentes a quienes tocó vivir su madurez en la España de después de la guerra civil, a vueltas con la memoria de la guerra y el régimen del General Franco, es en parte distinta, en parte parecida y, en todo caso, paralela a la de gentes como Camus y Aron, a quienes tocó vivir la Francia de la postguerra, a vueltas con sus propios fantasmas de una memoria colaboracionista apenas digerida, un resabio colonialista vivaz, y una inclinación a dignificar el totalitarismo comunista. Biografías distintas, y vocaciones complejas en todos los casos: la de un historiador-etnógrafo y la de un político-poeta en el caso de los españoles; la de un literato-moralista y la un científico social-comentarista político, en el de los franceses. Un país semi-marginado aquí; un país perteneciente al núcleo de la Europa occidental allí. Pero, en el fondo, salvadas las distancias del lugar, hay en ellos un aire de familia. De su tiempo y lugar pero abarcando siempre más allá que su tiempo y lugar, celosos de su libertad y respetuosos de la ajena y sin embargo ciudadanos concernidos con su 'ciudad', todos ellos tuvieron (y nos legaron) un sentido muy similar de la responsabilidad intelectual.

Referencias

El Banco Urquijo nos hizo la oferta por boca de José Antonio Muñoz Rojas, a quien quiero dejar constancia de mi recuerdo y de mi gratitud. Los otros miembros del seminario fueron: José Varela Ortega, José Antonio Colás, Marina y Fernando González Olivares, Agustín Maravall, Roberto Pombo y José María Caballero.

Las obras de Julio Caro que en la época me habían interesado más fueron las de *La vida rural en Vera de Bidasoa* (Consejo Superior de Investigaciones Científi-

cas, Madrid, 1944), *Estudios Saharianos* (Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1955), *Los Vascos* (más tarde re-publicado por Istmo, Madrid, 1971), *Razas, pueblos y linajes* (Revista de Occidente, Madrid, 1957), *Las brujas y su mundo* (Revista de Occidente, Madrid, 1961), y una serie de monografías aparecidas en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*. Casi al tiempo que el seminario, o en los años inmediatamente siguientes, fueron apareciendo *La ciudad y el campo* (Alfaguara, Madrid, 1966), *Estudios sobre la vida tradicional española* (Península, Barcelona, 1968; que incluye una curiosa "Contera sobre Madrid", pgs. 272-303); *El señor inquisidor y otras vidas por oficio* (Alianza Editorial, Madrid, 1968), sus estudios históricos sobre judaísmo y criptojudasmo, y diversos trabajos de tecnología rural.

El libro que yo acababa de publicar en la editorial Tecnos, gracias a don Gabriel Tortella (y con prólogo de José Luis Aranguren), era *Estructura social del campo y éxodo rural: estudio de un pueblo de Castilla* (Tecnos, Madrid, primera edición en 1966, segunda edición en 1971), al que estaba siguiendo otro sobre *Emigración y sociedad en la Tierra de Campos* (Instituto de Estudios de la Administración, Madrid, 1969; una versión reducida de este libro fue publicada con el título de *Emigración y cambio rural* por Ariel, Barcelona, en 1971). El estudio sobre la cooperativa de Zúñiga apareció como un capítulo de *Pueblos y clases sociales en el campo español* (Siglo XXI, Madrid, 1974; capítulo 5, pgs 58-124).

Los cambios de los edificios a los que aludo, de la calle de Alcalá, tuvieron lugar más bien *después*, en los años casi inmediatamente siguientes al seminario en cuestión. A los efectos de mi argumento, lo importante es que pertenecen a la misma etapa en el proceso de transformación del país. Las alusiones a la 'voluntad de los edificios' toman pie de un artículo de José Rafael Moneo, "El Banco de España" (publicado en el ABC del 28 de diciembre de 1980, pgs. 114-5), en el que abogaba con una mezcla de argumentos, algunos plausibles, otros no tanto, por derruir el antiguo Banco Pastor.

Una sumaria anotación sobre la cuestión (aludida en el texto) de si 'aquel mundo' (de los sesenta) era de alguna forma 'este mundo': Pienso que lo que podía presagiarse en aquellos años sesenta no eran 'los años finales del franquismo', es decir, los siguientes diez años, sino buena parte de los rasgos del último tercio del siglo XX.; y, por tanto, que este mundo de hoy es bastante parecido a aquél, para algunos tan lejano. Ya sé que la convención dominante es la de datar el comienzo de la época actual con la transición democrática de mediados de los setenta; pero quiero dejar constancia que discrepo de esa convención, y si el lector quisiera saber por qué, le remito a dos libros míos: *La primacía de la sociedad civil* (Alianza Editorial, Madrid, 1993), y *España puesta a prueba* (Alianza Editorial, Madrid, 1997).

Conocí a Julio Caro Baroja en torno a 1965/1966 a través de José Luis Aranguren. Aranguren fue maestro mío en temas de filosofía moral entre 1962 y 1965, y con él había leído sobre todo su propia obra, en particular su *Ética* (Revista de Occidente, Madrid, 1958), y a partir de ella, Aristóteles, Zubiri, Ortega, Heidegger, Merleau-Ponty y Goldmann (pero apenas Hegel y Marx, a los que yo había dedicado por otra parte, entonces, tanta o mayor atención, tanto más cuanto que eran la materia de mi tesis doctoral, de la que, quizá con cierta ligereza administrativa por mi parte, discutía al tiempo con Luis Legaz, Antonio Truyol y Joaquín Ruiz-Giménez). Fue también Aranguren quien facilitó mi tránsito a la ciencia social, y me apoyó para conseguir los fondos que me habrían de permitir mis primeros trabajos de campo. Lo hizo a través del “Comité d’écrivains pour une entr’aide européenne” que dirigía en París un poeta, Pierre Emmanuel. Y fue precisamente en París, y a través de Emmanuel, como conocí a Dionisio, quien a su vez formaba parte de aquel comité.

Los textos autobiográficos de Julio Caro a los que hago referencia se contienen sobre todo en sus memorias, escritas entre 1957 y 1971 y publicadas bajo el título de *Los Baroja: memorias familiares* (Taurus, Madrid, 1972). (La referencia a la incomodidad de Julio con ‘el tema económico’ puede verse en la pg. 399; a su visión de los políticos, en la pg. 256; a la sensación de vivir sin instituciones de apoyo, en la pg. 482; a la sensación de vivir en un mundo de irregularidades, disarmonías y contradicciones, en la pg. 507.) Se contienen algunas observaciones autobiográficas interesantes en las *Conversaciones en Itzea* de Julio Caro Baroja y Francisco Javier Flores Arroyuelo (Alianza Editorial, Madrid, 1991). (La referencia a la sensación de escribir en el vacío puede hallarse en la pg. 72; a la necesidad de colocar las cosas en su justo término, en la pg. 149; al ritmo histórico propio de los campesinos, en las pgs. 95 y 150.)

Los textos autobiográficos de Dionisio se encuentran en *Casi unas memorias*, edición póstuma al cuidado de César Armando Gómez, con un prólogo de Salvador de Madariaga (que se detiene en el rasgo de la ‘razonabilidad’ de Dionisio), y publicada por Planeta, Barcelona, 1976. (En la primera parte se pueden rastrear las huellas de su transformación en un político liberal a lo largo de los años cuarenta y primeros cincuenta a través de su testimonio de la vida española de la época; sobre todo si se combina con la lectura de *En algunas ocasiones*, Aguilar, Madrid, 1960. Una referencia al ‘envilecimiento de la vida civil’ se puede encontrar en la pg. 332 de *Casi unas memorias*; la “teoría de la oposición”, un texto de 1963, en las pgs. 427 y ss.; y una alusión a lo ocurrido con Arturo Duperier, en la pg. 96. Pueden encontrarse los materiales con los que reconstruir parte de la experiencia de Duperier a su vuelta a España en el libro de Francisco González de Posada y Luis Bru

Villaseca *Arturo Duperier: mártir y mito de la ciencia española*, publicado por la Diputación Provincial de Ávila/ Institución Gran Duque de Alba, Ávila, 1996.) Hay también referencias útiles para comprender la visión que Dionisio tenía de su tarea cívica en *Entre literatura y política* (publicado por la editorial Seminarios y Ediciones, en la “Colección Hora H” que dirigía Pablo Martí Zaro, un buen amigo, Madrid, 1971); en especial, en las pgs. 195ss. Fernando Chueca nos ha dejado una semblanza afectuosa y lúcida de Dionisio en su libro *Liberalismo: ideas y recuerdos* (Editorial Dossarte, Madrid, 1989). El libro *Escrito en España* fue publicado por la Editorial Losada de Buenos Aires en 1962, con una segunda edición en 1964. He tomado los versos que cito de Dionisio de *Hasta la fecha (poesías completas, 1934-1959)*, publicado por Aguilar, Madrid, 1961, con un prólogo de Luis Felipe Vivanco (pgs. 73 y 460).

Tony Judt analiza justamente los casos de Leon Blum, Albert Camus y Raymond Aron desde la perspectiva del problema de la responsabilidad del intelectual en su libro *The Burden of Responsibility: Blum, Camus, Aron and the French Twentieth Century* (The Chicago University Press, Chicago, 1998), y en mi estudio he tenido muy en cuenta sus sugerencias. Judt caracteriza a Camus como un ‘moralista reticente’, y resalta, como contraste a su lucidez (relativa) y a la de Aron, la ceguera de una buena parte de la *intelligentzia* francesa para los acontecimientos de su tiempo (ver pg.134).

Si el lector tiene curiosidad por dos muestras de mi escepticismo respecto a las quejas y las lastimerías de los discursos ruralistas, y mi relativo optimismo acerca de la capacidad de adaptación flexible de los campesinos y los agricultores a las circunstancias, puede ver, en relación con las circunstancias de los años ochenta, mi trabajo “Los nuevos agricultores”, en *Papeles de Economía Española*, 16, 1983 (y re-publicado en *El retorno de la sociedad civil*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1987); y, en relación con las circunstancias de los años noventa, mi ensayo “Aguante y elasticidad: observaciones sobre la capacidad de adaptación de los campesinos castellanos de este final de siglo”, en *Papeles de Economía Española*, 60/61, 1994 (y en *ASP Research Papers*, 6(a)/1994).

En mi ensayo sobre la cooperativa de Zúñiga (ver *supra*) hago referencia a la literatura sobre ese fenómeno, pero aquí quiero reiterar el interés del trabajo de dos ingenieros agrónomos: Miguel Bueno y Fernando Cruz Conde, *Estudio de la primera cooperativa de producción establecida en una zona concentrada: Zúñiga 1954-1959*, Servicio Nacional de Concentración Parcelaria, Madrid, 1961.

ASP Research Papers

Números publicados

- 1(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *La posibilidad de la sociedad civil: carácter, retos y tradiciones*
- 1(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *The possibility of civil society: its character, challenges and traditions* (también en John Hall ed., *Civil Society. Theory, History, and Comparison*, Cambridge, Polity Press, 1994)
- 2(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Opciones inerciales: políticas y prácticas de recursos humanos en España (1959-1993)*
- 2(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Inertial choices: Spanish human resources policies and practices (1959-1993)* (también en Richard Locke, Thomas Kochan, Michael Piore (eds.), *Employment Relations in a Changing World Economy*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1995)
- 3(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *De opciones reticentes a compromisos creíbles. Política exterior y liberalización económica y política: España 1953-1986*
- 3(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *From reluctant choices to credible commitments. Foreign policy and economic and political liberalization: Spain 1953-1986* (también en Miles Kahler (ed.), *Liberalization and Foreign Policy*, Nueva York, Columbia University Press, 1997)
- 4(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *El reto de la esfera pública europea*
- 4(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *The challenge of the European public sphere*
- 4(c)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Le défi de l'espace publique européen* (también en *Transeuropéennes*, 3, 1994)
- 5(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Transformaciones de una tradición: campesinos y agricultura en Castilla entre mediados del siglo XVI y mediados del siglo XX* (también en A. M. Bernal et al., *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza, 1994)
- 6(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Aguante y elasticidad: observaciones sobre la capacidad de adaptación de los campesinos castellanos de este final de siglo* (también en *Papeles de Economía Española*, 60/61, 1994)
- 7(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Un desorden de baja intensidad: observaciones sobre la vida española de la última década (y algunas anteriores), y el carácter y la génesis de su sociedad civil* (también en AB Asesores (ed.), *Historias de una década: Sistema financiero y economía española 1984-94*, Madrid, AB Asesores, 1994)
- 7(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *A low intensity disorder: observations on Spanish life over the past decade (and some prior ones), and the character and genesis of its civil society* (también en AB Asesores ed., *Views on a decade: the Spanish economy and financial system 1984-1994*, Madrid, AB Asesores, 1994)

- 8(a)/1995 **Benjamín García Sanz**, *La contaminación ambiental en España: el estado de la cuestión*
- 9(a)/1995 **Josu Mezo**, *Política del agua en España en los años ochenta y noventa: la discusión del Plan Hidrológico Nacional*
- 10(a)/1995 **Víctor Pérez-Díaz**, *La educación en España: reflexiones retrospectivas* (también en Julio Alcaide *et al.*, *Problemas económicos españoles en la década de los 90*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1995)
- 11(a)/1995 **Víctor Pérez-Díaz**, *El largo plazo y el "lado blando" de las políticas de empleo: Aspectos sociales e institucionales del problema del empleo en España a mediados de los años noventa* (también publicado por el "Business and Civil Society Seminar")
- 12(a)/1995 **Elisa Chuliá**, *La conciencia medioambiental de los españoles en los noventa*
- 13(a)/1996 **Víctor Pérez-Díaz**, *Elogio de la universidad liberal* (también en *Claves*, 63, 1996)
- 14(a)/1996 **Berta Álvarez-Miranda**, *Los incendios forestales en España (1975-1995)*
- 15(a)/1996 **Juan Carlos Rodríguez**, *Gobierno corporativo en la banca española en los años noventa*
- 16(a)/1997 **Juan Carlos Rodríguez**, *Políticas de recursos humanos y relaciones laborales en la banca española de los años noventa*
- 17(a)/1997 **Víctor Pérez-Díaz**, *La política y la sociedad civil españolas ante los retos del siglo XXI*
- 18(b)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *The 'soft side' of employment policy and the Spanish experience* (también en *West European Politics*, 21, 4, 1998; y en Paul Heywood ed., *Politics and Policy in Democratic Spain: no Longer Different?*, Londres, Frank Cass, 1999)
- 19(b)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *State and public sphere in Spain during the Ancien Régime* (también en *Daedalus*, 127, 3, 1998)
- 20(a)/1998 **Juan Carlos Rodríguez y Berta Álvarez-Miranda**, *La opinión pública española y el euro: análisis de grupos de discusión*
- 21(a)/1998 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Los empresarios gallegos. Análisis de una encuesta de opinión*
- 22(b)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *Putting citizens first: the tasks facing Europe, her public sphere and the character of her public authority* (también publicada en francés: "La Cité européenne", *Critique Internationale*, 1, 1998; y la primera parte: "La ciudad europea", *Política Exterior*, XIII, 67, 1999)
- 23(b)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *From 'civil war' to 'civil society': social capital in Spain from the 1930s to the 1990s*
- 24(a)/1998 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Jóvenes gallegos: disposiciones y comportamientos ante la educación y el mercado de trabajo*

- 25(a)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *El comienzo y la autoridad: sociedad civil, ciudadanía y liderazgo político*
- 25(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *The beginning and the authority: Civil society, citizenship and political leadership*
- 26(a)/1999 **Josu Mezo**, *Tecnologías de la información, sociedad y economía: perspectivas de cambio en los próximos años*
- 27(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *La formación de Europa. Nacionalismos civiles e inciviles* (también en *Claves*, 97, 1999)
- 27(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *The role of civil and uncivil nationalisms in the making of Europe*
- 28(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Legitimidad y eficacia. Tendencias de cambio en el gobierno de las empresas*
- 29(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Orden de libertad, centro político y espacio simbólico. La génesis de la división del espacio político entre la derecha, el centro y la izquierda, y sus usos en la política moderna* (también en *Papeles y Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, VI, 1999)
- 29(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *An order of freedom, the political center and symbolic space. The genesis of the division of the political space between the right, the center and the left, and its uses in modern politics*
- 30(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz y José I. Torreblanca**, *Implicaciones políticas del euro* (también en Gustavo de Arístegui *et al.*, *El euro: sus consecuencias no económicas*, Madrid, Estudios de Política Exterior/Biblioteca Nueva, 1999)
- 30(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz and José I. Torreblanca**, *The first steps of the euro, and its political implications*
- 31(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Sistema de bienestar, familia y una estrategia liberal-comunitaria* (también en Santiago Muñoz Machado *et al.*, (dirs.), *Las estructuras del bienestar en Europa*, Madrid, Fundación Once/Civitas Ediciones, 1999)
- 32(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Iglesia, economía, ley y nación: la civilización de los conflictos normativos en la España actual* (también en Peter L. Berger (ed.), *Los límites de la cohesión social*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999)
- 32(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *The Church, the Economy, the Law and the Nation: The civilization of normative conflicts in present day Spain*
- 33(a)/2000 **Elisa Chuliá**, *El Pacto de Toledo y la política de pensiones*
- 34(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Texto y contexto de una España anticipada: Reflexiones y recuerdos sobre el campo, la ciudad y algunos testigos ejemplares de la España de los años sesenta*

ASP Separatas

- 1/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Diez semanas después: el debate público ante la huelga y la reforma laboral*
- 2/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Sociedad civil fin-de-siglo, esfera pública y conversación cívica*
- 3/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Cambio de fase y etapa de turbulencias: la sociedad civil española en 1992/1994* (colección de artículos)
- 4/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *The return of civil society (recensiones críticas en publicaciones fuera de España en 1994)*
- 5/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *El consumo, la conversación y la familia*
- 6/1999 **Víctor Pérez-Díaz y Josu Mezo**, *Política del agua en España: Argumentos, conflictos y estilos de deliberación*
- 7/1999 **Elisa Chuliá y Berta Álvarez-Miranda**, *Envejecimiento de la población y prestación de cuidados a mayores. Un nuevo reto para la política social española*

Otras publicaciones recientes de los miembros de ASP

Víctor Pérez-Díaz y José A. Herce. *La reforma del sistema público de pensiones en España*. Barcelona, La Caixa, 1995

Víctor Pérez-Díaz, Josu Mezo y Berta Álvarez-Miranda. *Política y economía del agua en España*. Madrid, Círculo de Empresarios, 1996

Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Elisa Chuliá. *La opinión pública ante el sistema de pensiones*. Barcelona, La Caixa, 1997

Víctor Pérez-Díaz. *La esfera pública y la sociedad civil*. Madrid, Taurus, 1997

Víctor Pérez-Díaz, Elisa Chuliá y Berta Álvarez-Miranda. *Familia y sistema de bienestar; La experiencia española con el paro, las pensiones, la sanidad y la educación*. Madrid, Fundación Argentaria - Visor, 1998

Víctor Pérez-Díaz. *Spain at the crossroads*. Cambridge, Mass, Harvard University Press, 1999

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas.

En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies.

Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.